

El Espíritu de Nuestra Agrupación

Damos a continuación un fragmento de la disertación que nuestro compañero Dr. Arturo Ardao, hiciera en la Audición Radial de la A. N. D. S., el día 15 de Agosto.

BAJO el aspecto de la doctrina, la Democracia Social Nacionalista posee un ideario definido, al mismo tiempo personalísimo, fruto de un enjuiciamiento radical de los problemas del país, sin ataduras mentales, pero también sin noveletrias ideológicas de importación, de las que tanto abundan en la izquierda como en la derecha.

Lo básico de ese ideario está contenido en la Declaración de Principios que redactó Quijano en 1928, poniendo la piedra fundamental de nuestro movimiento. En esa pieza, de verdadero valor histórico, ha encontrado constante inspiración la Democracia Social en el curso del turbulento proceso subsiguiente, hasta el día de hoy, porque ella encierra las 3 grandes directivas permanentes de su actividad política:

1º) el nacionalismo, sentimiento partidario tradicional concebido como un instrumento de creación o de fortificación de la nacionalidad, en acción solidaria con las nacionalidades hermanas de América, frente a la expansión avasalladora de los grandes imperialismos económicos, que menoscaban la in-

dependencia y frustran el destino histórico del país y del continente.

2º) la consolidación y depuración de la democracia política, conjuntamente con el incremento de su eficacia, frente, por un lado, a la reacción autocrática, y en especial fascista — de cuyo peligro se hizo por primera vez denuncia en nuestro país en ese documento de 1928 — y por otro lado, a la frivolidad o el logrerismo de los que invocando la democracia, la escarnecen, la desprestigian, y en definitiva la matan;

3º) la persecución de la democracia social, finalidad última y suprema de todos sus esfuerzos — por ser así ha servido de nombre para la propia Agrupación — concebida ella como la realización de la justicia social por la abolición de todo lo que signifique explotación del hombre por el hombre, o simplemente desigualdad sin más razón que el privilegio, en el disfrute de los bienes colectivos, desde los materiales de la economía hasta los espirituales de la cultura.

Esa inaugural definición de principios ha sido luego desenvuelta y complementada por un conjunto de pronunciamientos de nuestras autoridades y de nuestros Congresos, como también por una persistente prédica periodística de este tres órganos sucesivos: "El Nacional", que abrió el camino allá por el año 30; "Acción" que dijo la palabra demócrata-social en los años más difíciles de la crisis

institucional del país; y en fin, "Marcha", el combativo semanario del presente.

¿Será ese acervo doctrinario lo que configura la personalidad política original de la Democracia Social Nacionalista? Ciertamente, sin él no se la podría concebir. Pero él, por sí solo, con ser mucho, nada sería sin otro elemento que viene a darle su real significación: sin el temperamento cívico, el estilo vital, el carácter humano con que ha sido defendido y propagado. Este y no otro, en definitiva, es el signo propio, el verdadero sello distintivo de nuestra Agrupación, labrado en carne luchadora por el esfuerzo tenaz, y casi siempre silencioso, de tantos y tantos compañeros de la capital y del interior.

En la hora en que la Democracia Social se apresta a levantar una abstención electoral de quince años, necesario es señalar cuánto ha contribuido a forjar ese carácter el espíritu con que ella siempre encaró a esa misma abstención. Más de una vez se dijo, especialmente en ocasión de la decisión concurrentista de las grandes fuerzas opositoras al marxismo — tomada en tan desgraciadas circunstancias — que la abstención era el escepticismo, la flojedad o el renunciamiento.

La Democracia Social ha sabido, como lo prometió, demostrar lo contrario. Ha sabido demostrar que la abstención, en lo que a ella se refiere, ha tenido la virtud de acrisolar su conciencia militante, por el vo-

luntario y austero apartamiento, en excepcionales circunstancias históricas, de comicios adulterados de antemano por la fuerza, o, lo que a veces es peor, por inadmisibles combinaciones políticas que comprometen a la propia vida institucional del país; la virtud de hacer levantar la mira por encima del hecho episódico del día, para ponerla en los temas esenciales de una nacionalidad que se busca todavía a sí misma, extraviada a menudo por las presiones de afuera y las claudicaciones de adentro; la virtud, en fin, de revelar que la acción política no es, ni tiene por qué ser — como lo entienden y lo practican los politicastos y los politiquillos de profesión — identificada necesariamente con la acción electoral; que se puede y se debe hacer política, al margen de esa actividad circunstancial, por la consagración desinteresada al bien público, en el estudio y la difusión de los grandes y reales problemas colectivos, orientando al mismo tiempo a la opinión y a los gobiernos.

Tonificado su espíritu por el aire fuerte que se respira en el clima de una viril abstención — abstención alerta y activa siempre, nunca desencantada o indiferente — la Democracia Social Nacionalista se apresta a participar en los comicios próximos. ¿Con qué posibilidades de éxito? Con todas las posibilidades a que tiene derecho por el contenido de su mensaje político y por la limpidez y responsabilidad de su trayectoria cívica.